

¿Educación para la emancipación o emancipación para la educación? Aproximaciones y discusiones en torno a Theodor Adorno y Jacques Rancière

Romina E. Rodríguez (UNGS-CONICET-UBA/FFyL)

El siguiente trabajo se propone poner en diálogo las posturas filosófico-políticas de Jacques Rancière y Theodor Adorno que versan sobre la educación, tomando los conceptos de igualdad y emancipación que postulan, a fin de vislumbrar sus alcances y limitaciones.

Por un lado Rancière en *El maestro ignorante* (1987) postula superar la desigualdad intrínseca que promueve la escuela moderna, echando por tierra sus pilares: el maestro explicador, el acto de enseñanza-aprendizaje y la idea de que el paso por la escuela tiene como meta la igualdad. Por el contrario plantea que el punto de partida tiene que ser la igualdad y que el maestro lo único que tiene que hacer es acercarnos al conocimiento, no explicándonoslo sino otorgándonos las herramientas para tal acercamiento.

La escuela moderna al instaurar maestros explicadores, posicionó a los alumnos en un lugar de inferioridad y subordinación, justificando así la lógica de la instrucción sobre la cual reposa el principio de la desigualdad de las inteligencias, perpetuando una matriz que sostiene como presupuestos la dominación y la segmentación social.

Rancière tomando el ejemplo de Jacotot, en el que mediante una experiencia azarosa y sin maestro explicador hubo conocimiento, propone que el maestro que explica algo y luego controla la fidelidad de lo aprendido es embrutecedor. Con lo cual, Jacotot plantea prescindir de la explicación y ubicar a la igualdad de las inteligencias en el punto de partida, de modo tal que cada individuo pueda pensarse igual a otro y constitutivo de sí mismo, es decir estar emancipado, porque no se ve como inferior ni como superior, no se menosprecia a sí mismo ni a los demás, sino que reconoce y valora su propia capacidad. Mucho más aún, bajo este postulado se expresa la potencia del pensamiento que tienen todos de construir algo nuevo, transformador, pues la relación fundamental se da entre el sujeto con el conocimiento, sin la mediación del maestro, éste solo estimula dicha relación, no hace que disponga de un saber

específico, puede ser sin más “maestro ignorante” pero emancipador porque lo que se promueve es a usar la propia inteligencia.

Asimismo otro altisonante aspecto del razonamiento rancieriano es la voluntad, el “tú puedes” que se promueve en cada quien para transformarse en una conquista y desarrollo de las propias capacidades y posibilidades de cada uno.

Este modo de pensar, actuar y ver las cosas trastoca el habitual modo de normalizar la realidad, desacraliza lo establecido, provoca, interrumpe, innova en una posibilidad de ser, en una toma de posición y acción que logran un verdadero viraje de las antiguas ideas de libertad, ciudadanía, sociedad, diversidad e inclusive del Estado. Pues es imposible institucionalizar el método de Jacotot, la relación es entre el individuo y el conocimiento, sin mediaciones de ninguna índole. La potencia creativa y creadora se encuentra en cada quien.

En un intento de enlazar política y educación, la obra de Rancière nos lleva mucho más lejos de lo pensado, hacia los límites de la propia capacidad humana, en donde la clave está en sostener que el planteo igualitario trasciende la necesidad de cualquier experiencia. La radicalidad estará en reconocer los efectos, descubrir las potencialidades de la acción emancipadora, practicarla, anunciarla; y decimos radicalidad, porque ya no se trata de métodos, instituciones, explicaciones, sistemas sino del mismo campo de la acción y de la autonomía de cada uno de nosotros, de reconocernos como iguales. De esta manera, la horizontalidad del pensamiento y de los procesos de enseñanza- aprendizaje, implican la horizontalidad del poder y de la política.

Por otro lado y en sintonía con algunos de los aspectos teóricos de Rancière, Theodor Adorno propone en *Educación para la emancipación* (1970) que la “superación del pasado como ilustración es esencialmente un viraje al sujeto, es el reforzamiento de su conciencia, y en consecuencia, también de su yo”¹.

Por eso es importante entender la cultura como aquello para lo que no existen normas fijas, usos sancionados: solo puede ser adquirida mediante la espontaneidad y la apertura; ningún curso lo garantiza, ni siquiera el del tipo de cultura general. Esto apelaría en cierta forma a Rancière, y al llamado de emancipación que supone reconocerse como igual y capaz de aprender sin maestro explicador. Según Adorno, “ni siquiera exige esfuerzos, sino la apertura de la propia conciencia, en lugar de, como dice un insoportable cliché, ocuparse de ello en actitud de simple aprendizaje”².

Adorno continúa diciendo:

¹ Adorno, Theodor, *Educación para la emancipación*, Trad. Jacobo Muñoz, Madrid, Morata, 1998, p. 28.

² *Ibid*, p. 40.

La urbanidad es consustancial a la cultura, y su lugar geométrico es el lenguaje [...] quien no consigue emanciparse del provincianismo queda fuera del territorio de la cultura. Quien quiera enseñar algo a otros debería hacerse también consiente; y del modo más enérgico, de la obligación de superar todo provincianismo en lugar de imitar ingenuamente lo que se considera culto. [...] el individuo solo se emancipa cuando se desgaja de la inmediatez de relaciones que en modo alguno son naturales [...]³.

Es decir cuando logra desnaturalizar los cánones, parámetros y criterios sociales que le han sido impuestos.

“[El esfuerzo crítico y la autorreflexión] están en las antípodas de la cultura y la filosofía, porque es definido desde un principio por la aprobación de algo ya dado y operante, en donde brillan por su ausencia el sujeto, la propia persona que aprende, su juicio, su exposición, el sustrato de libertad”⁴.

En este contexto, para Adorno el maestro no juega limpio, la ventaja de su saber lo posiciona frente a sus alumnos en un lugar del que se aprovecha ilegítimamente, puesto que es inseparable de sus funciones como tal, en tanto que lo que en realidad hace es extraer de ella su función de autoridad, de la que no puede prescindir. El maestro es alguien físicamente más fuerte, que golpea al más débil y reproduce, perpetúa de esta manera la violencia simbólica y las relaciones de dominación que se despliegan en la sociedad, ésta delega en el maestro ese rol. “En la imagen del maestro se reproduce, todo lo atenuado que se quiera algo de la imagen, máximamente investida en sentido efectivo, del verdugo”⁵. Pues el agente de la alienación es la autoridad del maestro y la respuesta a ello es la carga negativa de su imagen. En este sentido también Adorno se acerca al maestro embrutecedor del que nos habla Rancière.

De esta manera, la educación para Adorno no es la formación de personas, ni la transmisión de contenidos/conocimientos, sino la consecución de una conciencia cabal. Se critica la idea de modelos guías que direccionan la educación o en su defecto, la emancipación. Emancipación como concientización racional, como examen crítico de la realidad.

Si igualase el objeto de la adaptación y no preparase a las personas para orientarse cabalmente en el mundo, la educación sería impotente e ideológica. Hay que resistir frente a lo instituido e instituyente, superar la alienación, conquistar y re-conquistar lo verdaderamente creativo y creador, la libertad de ser. Por lo tanto, se precisa de un tipo de escuela que no reproduzca las divisiones específicas de origen clasista en su estructuración sino que mediante una superación haga posible la evolución hacia la emancipación. No emancipación por la vía de una escuela general y homogeneizante, sino emancipación desde y para la diversidad, para desarrollar así en cada individuo la emancipación.

³ Ibid, p. 42/43.

⁴ Ibid, p. 44.

⁵ Ibid, p. 72.

En definitiva, Adorno propone formular una educación para y desde la emancipación, en aras de superar la alienación. Educación que debe ser repensada desde los maestros (y sus tabúes), desde los medios de comunicación (la imposición ideológica de la TV y la falsa conciencia que despierta impone la necesidad de la crítica y desnaturalización de lo que transmite), desde los alumnos mismos, desde la sociedad. Todos juntos debemos internalizar la autoconciencia reflexiva, crítica y reforzar al propio yo fortaleciendo nuestras subjetividades y lazos sociales, negando aquello que nos aliena, mostrando/anunciando aquello que nos domina y practicando su impugnación y rechazo desde un ámbito político.

Rancière no tan lejos de Adorno, nos invita a pensar y re-pensar la educación y la política filosóficamente en aras de poner sobre el tapete la desigualdad intrínseca de las sociedades capitalistas y en contraposición plantea instaurar la igualdad en el punto de origen, ya no como meta, sino como condición de posibilidad de todo acto de conocimiento y en consecuencia, de toda relación social subvirtiendo los vínculos de dominación y subordinación de los que la escuela ha sido agente reproductor. No cabe duda que dicho acto sólo puede ser expresado de manera práctica y no sistematizada, pues pierde su esencialidad al modelizarse. Con lo cual se está corriendo del eje institucional/estatal/burocrático/instituyente para pensar y pensar-nos desde un lugar políticamente diferente a saber: la anulación de las relaciones de dominación y la horizontalidad de expresiones, prácticas y discursos.

Adorno plantea al respecto, que alguien emancipado debería de poder sustraerse de aquella concepción con la que no concuerda, el caso de la universidad por ejemplo, se debería de poder criticar al estado, previendo su malestar, arrojándose a intentarlo. Esto implicaría una formación cultural distinta en las universidades, un análisis crítico de las condiciones de posibilidad de los sujetos y de sus proyecciones. De acuerdo a lo anterior, la filosofía lejos de ser una mera asignatura, lejos de fomentar la autoalienación, debería poder 'reforzar la identidad', el yo propio, la autonomía, y no como lo hace de hecho, la heteronomía, acercándose cada vez más a la ciencia, a sus métodos, a la profesionalización. Así "la ciencia como ritual dispensa del pensamiento y de la libertad".⁶

Corriendo por alcanzar las metas que impone el mercado, a la sazón de los objetivos socialmente impuestos de acuerdo a las clases dominantes, basados en criterios que se presentan como canónicos y autosuficientes, la imposibilidad de pensar es cada vez mayor, y el sometimiento a cualquier autoridad aumenta cada vez más. Estos rasgos propios de la conciencia cosificada, fetichizada, no hacen más que anular todo haz de libertad. "La libertad no es un ideal inmutable e inalienable que pende sobre las cabezas de los hombres [...], sino

⁶ Ibid, p. 45.

que su propia posibilidad varía con el momento histórico”⁷. Momento histórico promovido por la apertura de pensamiento, por la ruptura con lo anterior, por la emancipación.

› ***La ‘escuela administrada’ y la escuela ‘embrutecedora’***

Muchos de los estudiantes que asisten a la universidad son llevados por una especie de tabú sobre la profesión de ser maestros. Existe una representación inconsciente sobre esta actividad, que hace que se vea menospreciada por la sociedad, no así el catedrático de universidad, valorado y exacerbado por muchos. Persiste una idea de que el maestro está sumido en cierta pobreza, que tiene poco status, que es un heredero del escriba, un sirviente, idea que ya no se condice con la realidad, pero que continúa teniendo asidero en la misma. El menosprecio al maestro podría deberse a un menosprecio a la autoridad, al poder que el maestro en cierto modo encarna, y además, que esa actividad expresaría también cierta pedagogización del saber. Sin embargo, la profesionalización de ambos, los convirtió en vendedores de conocimientos⁸.

Respecto al disciplinamiento, Adorno argumenta que el maestro tanto como el catedrático, representarían hipotéticamente la figura de alguien fuerte que está por encima de otro más débil, la apropiación de conocimientos que poseen, propia de la función que ejercen lo investirían de cierta autoridad que no portarían esencialmente, legitimidad alguna. El maestro personificaría aquella fuerza física que delega la sociedad para controlar a las masas, “[...] son chivos expiatorios de quienes establecen las normas”⁹, su prototipo radicaría en el carcelero, ya que simbolizaría el castigo y el control sobre los más débiles.

Asimismo la imagen que la sociedad proyecta del maestro es de aquel que debiera llevar una vida intachable, lejos de los excesos y las pasiones, visión infantilizada que lo posiciona de igual manera, como un infante. El maestro ve sumida su vida en su profesión, la escuela se ha transformado en el trasfondo de todas sus actividades, esta distorsión entre la vida real, particular del maestro, y el ámbito de su profesión, denota su infantilismo, “[...] infantil es su desmesurado realismo”¹⁰. De la misma manera, la imagen que el niño proyecta del maestro también está desvirtuada, ya que lejos de ser esa persona pura, intachable, pulcra, casi perfecta, el maestro no es más que un simple producto del sistema, pero investido de una ilusoria e hipócrita imagen que lo ha restringido de su propia profesión, que lo ha subsumido en un mar de prohibiciones. Para Adorno, el maestro no es sino el agente de la alienación por excelencia, reproductor de los intereses de la burguesía, que proyecta en los niños una imagen

⁷ Ibid, p. 46.

⁸ Ibid, p. 70.

⁹ Ibid, p. 71.

¹⁰ Ibid, p. 73.

distorsionada de la realidad, realidad que él ya ha perdido por seguir las imposiciones y cánones de la sociedad civilizatoria.

Por lo tanto, si se quiere promover una educación para la emancipación, se debería de poder superar la figura del maestro racionalizado, perdido en proyecciones exteriorizadas que lo someten. Por el contrario, el maestro tendría que poder mostrarse tal cual es, un ser humano de carne y hueso, con limitaciones y equivocaciones, quizás eso, lo acerque más al alumnado, quizás eso, fomente la libertad, la igualdad y el verdadero aprendizaje, ya no basado en ilusiones o parafernalias, sino en realidades objetivables.

La escuela como ámbito formativo debería de proponerse cierta apertura a los cambios, dejar de ser tal vez una práctica que se reproduce una y otra vez puertas adentro, entre los muros, habría que- según Adorno, combatir la ideología que tanto ha impregnado en las actividades escolares. Lo que es importante destacar, que la escuela, como agente socializador, se ve atravesada por los condicionamientos que alberga la sociedad, y que muchas veces, su resistencia ante éstos es mínima. Por eso, siguiendo a Adorno, la autonomía y la autorreflexión crítica serían los instrumentos para evitar futuros fenómenos de barbarie.

En sintonía con este postulado, Rancière argumenta que la escuela moderna tal y como la conocemos, presenta maestros embrutecedores, que sólo atontan al alumnado, negándole la verdadera posibilidad de crear pensamientos por sí mismos, ya que “[...] confirman una incapacidad en el acto mismo que pretenden reducirla [...]”¹¹, eternizando la desigualdad. El explicador necesita del aprendiz para hacer valer su estatuto de saber, de poder y en última instancia, de dominio sobre el otro, instaurando la existencia de dos inteligencias, una superior y otra inferior. El camino trazado por el maestro explicador achica, disminuye el potencial ya vivo del alumno, acortándole el camino con la explicación, y cercenándole la posibilidad de que lo construya solo.

El ejemplo de Jacotot mostraba que el azar y la necesidad pueden llevar a los individuos al conocimiento, es por su propia voluntad que logran aprender, y no mediante explicaciones socráticas que direccionan la inteligencia del alumno. Esta forma de aprendizaje no colocaba a la igualdad como la meta a arribar, sino que la posicionaba en el punto de partida, todos eran iguales al momento de aprender, porque solo dependían de su voluntad de hacerlo. Sin embargo, esto no significa que no debía existir ningún maestro, sino uno tal que los empujara a aprender por sí mismos, uno tal que les impusiera la dificultad de tener que aprender por sí solo, “el maestro había sido maestro por la orden que había encerrado a sus alumnos en el círculo de donde podían salir por sí mismos, retirando su inteligencia del juego para dejar que sus inteligencias se enfrentasen con la del libro”¹². La relación del maestro al alumno ya no era de explicador a aprendiz, sino de voluntad a voluntad. Cuando la relación entre voluntades no

¹¹ Rancière, Jacques, *El maestro ignorante*, Trad. de Núria Estrach, Barcelona, Laertes, 2002, Pág.3.

¹² *Ibid*, p. 22.

coincide con la relación entre inteligencias, se llamará acto de emancipación, en donde la inteligencia no está sometida a otra; en cambio, cuando la relación entre voluntades e inteligencias coincide, será atontamiento. La primera privilegia la libertad y la confianza en uno mismo, la segunda, perpetúa la desigualdad, promueve la impotencia. Aquella forma demostraba que la inteligencia no tiene límites, el único límite es que no se tenga conciencia de poder llevarla a cabo. En este sentido, el papel del maestro sería estimular al alumno a que puede confiar en su potencial.

Todos hemos realizado esto alguna vez, todos hemos aprendido algo por sí solos, reconocerlo implicaría un saber del aprender. Todos tienen en su poder una herramienta muy potencial, solo hay que ser conscientes de ello y anunciarlo, es la “buena nueva”. En definitiva, el conocimiento está en todo, y todos podemos lograrlo, si tenemos la voluntad de hacerlo y la estimulación necesaria de un maestro que nos emancipe. Dicho maestro no necesita saber para enseñar, lo que enseña no es un conocimiento determinado, sino el arte de preguntar y de querer saber aquello que se ignora. Y luego, solo juzgará el trabajo realizado, se remitirá a comprobar que el alumno haya prestado atención, dicho acto lo puede hacer cualquier hombre. El maestro ignorante promueve, estimula el acercamiento del alumno al conocimiento, pero éste tiene que reconocer su propia capacidad, la potencia de su pensamiento. El no hacerlo es el menosprecio de sí y de los otros, es el ‘no puedo’, la pasión de la desigualdad, la que alimenta que otros sí puedan y perpetúen su superioridad. El sinsentido de la desigualdad hace que el individuo renuncie a su máxima fuerza, a la voluntad de poder. La sociedad fundada en esta sinrazón deja caer a los hombres en un mundo alienado. El hombre razonable, en cambio, dejará un mínimo resquicio a la razón, sin caer totalmente en la sinrazón, ese espacio será el que implique el arte de vencerse a uno mismo.

Pero, ¿cómo se accede a este conocimiento de poder conocer todo en todo? ¿Quién emancipa a otros? Para Rancière, “no hay que hacer otra cosa que lo que nos es propio, que no es pensar lo que sea sino simplemente hacer eso que agota la definición de nuestro ser”¹³. De lo que se trata es de tomar conciencia de las posibilidades de una conciencia emancipada, que ve a otra igual que a sí misma, y sostener ese presupuesto. Llevar a la inteligencia en el movimiento de la voluntad, la potencialidad racional dependerá de uno mismo, y esto es universal, vale para todos los hombres que se lo propongan. Es una experiencia que nos lleva de vuelta a nosotros mismos, a nuestra fuerza interior.

› **Educación y emancipación**

La transformación de la educación no debería ser del orden de la planificación, de los objetivos, sino también de los contenidos. Aquí cabe destacar, que el postulado de Adorno

¹³ Ibid, p. 49.

diciente con el de Rancière, porque el primero continúa enmarcado en una visión transformadora revisionista, pero no radicalmente transformadora, ya que según Adorno, si bien, la crítica es sumamente fructífera para el cambio, el profesor debe rever sus acciones, sus tabúes, el modelo que intenta representar y lo que los alumnos ven en él. No se trata de formar personas en o tal contenido, tampoco transmitir conocimientos de alguien que 'sabe' a alguien que 'no sabe', sino de tomar conciencia de la educación como una práctica emancipada en sí misma, no como modelo o canon a imitar. "La propia idea de emancipación [...] hay que asumirla, en el orden del pensamiento y en el de la práctica educativa"¹⁴. En Rancière, en cambio, no habría profesor que enseñe tal o cual contenido, este autor va más allá con la crítica, disolviendo la misma práctica de enseñanza- aprendizaje.

Para Adorno, si realmente queremos generar una práctica educativa que emancipe, debemos combatir la ideología que genera la organización del sistema tal y como se nos presenta. El sistema mismo en el que estamos inmersos genera prácticas ideológicas. Es sabido que la escuela debe preparar a los alumnos para un mundo en el que puedan 'adaptarse', una enseñanza que los limita a desconocer esto, los dejaría fuera del sistema. Por eso, para Adorno, dicha enseñanza debe prepararlos en dos frentes, para adaptarse pero también para ser conscientes de dicha adaptación, y darle paso a la crítica racional sobre la misma, esto es "[...] apuntar a la adecuación y a la resistencia"¹⁵, a la vez. Pero además, reforzar más la resistencia que la adaptación, ya que éste segundo paso se da en niños y jóvenes casi automáticamente, la tarea de la educación será entonces, profundizar en la resistencia, más que en la adaptación, ya que ésta práctica se ve fortalecida por el entorno en general, por la familia, por la sociedad, por los medios, y debería centrarse desde la primera infancia. Asimismo, la educación en este sentido debería de ser permanente, y no dejarse para un nivel específico. Debería de generar espacios creativos, espontáneos, y no meramente estereotipados, debería de volverse a la experiencia misma de cada individuo, y no repetir lo ya dicho.

Respecto a la experiencia, y la capacidad para generarla, Adorno argumenta que los individuos escogen lo que en realidad no quieren por motivos de aceptación y/o adaptación a la sociedad. Sin embargo una educación emancipada, debería proveer los mecanismos necesarios para desmontar los instrumentos de opresión que el sistema genera, hacer visible estos mecanismos y que los individuos tomen conciencia de los mismos, promoviendo la capacidad de experiencia propia, como condición de posibilidad para la reflexión y la crítica. En este sentido, educación para la emancipación y educación para la experiencia resultarían idénticas, ya que de lo que se trata es de fomentar esa conciencia crítica que solo se consigue con la experiencia. Experiencia que la totalidad social asfixia hasta disolverla, experiencia que disminuye los procesos de individuación, dejando al individuo arrojado a un todo que lo licua.

¹⁴ Adorno, Th., Op. cit., 96.

¹⁵ Ibid, 97.

Por eso, en la educación reside la posibilidad de resistencia y de individuación. ¿Pero cómo generar individuación cuando de lo que se trata es de realizar sujetos sociales? Para Adorno este proceso ya no es conciliable, sino que es pura tensión, con lo cual, solo resta que el individuo tome conciencia de esta ruptura, la concientice, y reflexione críticamente sobre ella, para llevarla hacia una práctica concreta.

No debemos dejar de tener en cuenta otros aspectos de la práctica educativa como lo son la competencia y la prescripción de materias, sobre la primera cuestión se debería poder fomentar una educación no competitiva, la competencia en sí misma entraña una especie de barbarie que se quiere evitar, asimismo, respecto a la segunda cuestión, se debería poder ofrecer un corpus de conocimientos mucho mayor y no estar determinado de antemano para los alumnos.

> **Reflexiones finales**

Finalmente y de modo fundamental, la revisión de la educación, debe apuntar a una práctica emancipadora, en clara distancia con la barbarie, con todo tipo de violencia. La barbarie debe avergonzarnos, así como cualquier práctica que la engendre. En definitiva, la educación para la emancipación, debe dejar a la luz el descrédito del mundo, la inmadurez y la minoría de edad en la que los hombres han caído, que éstos sean conscientes del engaño y completamente autónomos. Solo así se podrá pensar y hacer un mundo distinto.

Si para Adorno la cuestión reside en la forma de educar, para Rancière, la enseñanza debe emancipar a los hombres, con plena libertad y voluntad de ser lo que son, de buscar (se) a sí mismos. El postulado rancieriano atenta contra la propia estructura social, ya que “[...] toda institución es una explicación en acto de la sociedad, una puesta en escena de la desigualdad”¹⁶, la enseñanza universal no apunta a la sociedad sino a los individuos. La sociedad es en sí misma generadora de desigualdad, petrifica la relaciones sociales determinándolas jerárquicamente, en plena competencia, en roles de quién sabe y quién debe recibir explicaciones, en fuertes y débiles, en definitiva, en dominados y dominadores. La sociedad es una convención que solo beneficia a los que se creen superiores y perpetúa esta idea en los que se creen inferiores, la sociedad es el arquetipo de la desigualdad. La sociedad ha impuesto los conceptos de progreso, perfeccionamiento, ha enfrentado a los hombres entre sí, haciéndolos correr una carrera construida sobre binomios injustificables: capacidad/incapacidad, retraso/progreso, etc. La ficción, la apariencia que funda la sociedad radica en mostrar la supuesta necesidad de explicaciones, e instalar la igualdad como meta a

¹⁶ Rancière, J. Op. Cit., 136.

perseguir, cuando en realidad es inalcanzable partiendo de la desigualdad. Por eso la emancipación reside en “aprender a ser hombres iguales en una sociedad desigual”¹⁷.

Rancière propone una vuelta a lo verdaderamente humano, lo esencial de cada uno, que es buscar en uno mismo lo que ya se es, y aprender a partir de las propias habilidades, con el estímulo de un maestro emancipado, para ponernos en contacto con el saber, en aras de que el vínculo entre ambos se potencie.

¹⁷ Ibid, p. 171.

Bibliografía

Adorno, Theodor, *Educación para la emancipación*, Trad. Jacobo Muñoz, Madrid, Morata, 1998.

Rancière, Jacques, *El maestro ignorante*, Trad. de Núria Estrach, Barcelona, Laertes, 2002.